

# ESCRITURA

ENSAYO - CRITICA - POESIA - NOVELA Y CUENTO  
MUSICA - ARTES PLASTICAS - TEATRO - CINE - POR  
LA PAZ - LIBROS - GRABADOS E ILUSTRACIONES

## EN ESTE NUMERO:

LAURO AYESTARAN, DOMINGO  
BORDOLI, AARON COPLAND, CAR-  
LOS DENIS MOLINA, RAFAEL DIES-  
TE, FRANCISCO ESPINOLA (H.),  
FERNANDO PEREDA, JULES RO-  
MAINS, JULES SUPERVIELLE, GUI-  
LLERMO DE TORRE, ALBERTO ZUM  
FELDE.

N.º 1

OCTUBRE DE 1947  
MONTEVIDEO

3NOVAR/EMR947C1

## DON JUAN EL ZORRO (1)

### *La amistad*

Antes, Don Juan había advertido que, siempre que entre el jolgorio él le clavaba los ojos, la Mulita bajaba la cabeza, planchaba con las manitas los percales de su pollera. Le gustó, entonces, proscar con ella para sentir, entre aquel confundirse y equivocarse, algo inocente y puro que Don Juan no había hallado nunca y que su vivir, se estaba viendo, necesitaba. Al Poludo le brillaban los ojos cuando los veía juntos. Y la furia del viejo y la nerviosidad de ella causaron que Don Juan no la dejara en ningún bajle.

De tal modo, como sin querer, más bien como por broma, fué naciendo un cariño —no podría ser amor por la diferencia de razas— un cariño que, a él, lo iba haciendo cada vez más tierno y triste y, a ella, más ladina y fuerte y envalentonada.

Una noche, en una gran fiesta, la Mulita se acercó a Don Juan en cuanto lo vió y le dijo:

—Tengo que hablarle una cosa, Don Juan, pero si no se ofende.

—¡Hable, no más, m'hija!

La llamaba así porque hermana le parecía poco, de tanto que la quería.

—Usted está mal donde vive, rodeado de quienes no lo quieren y que cualquier día le van a hacer algún daño. Estos tiempos que no tenía nada que hacer le hice una vivienda al lao de la de nosotros y así no tenemos qu'esperar a los bailes para estar juntos. Vengasé, se lo pido. Y no s'enoje. Que no v'a estar en lo ajeno sino en lo muy suyo.

---

(1) Este fragmento comprende varios capítulos de "Don Juan el Zorro", novela que Francisco Espinola (h.) publicará el año próximo.



Don Juan se estremeció y se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

—¿S'enojó, Don Juan! — interrogó la pobre, temblando.

—¡Cómo me voy a enojar!... Usté... usté es más güena que l'agua, m'hijita. Esta tardecita, no más, hago la mudada. Y esta noche ya la paso allí.

Ninguno de ellos oía ni el acordeón ni las guitarras ni el rasco de las espuelas.

—¡Vamos a estar lindísimo!, — suspiró la Mulita.

—¡Cómo no!

—Usté, de mañana, endereza para casa a prosear y a matear. Tío no viene hasta la noche de la pulpería. Yo le cebo mate, conversamos... ¡más lindo!

Don Juan sentía como si una caricia infinita, bajada de lo alto, cruzara su corazón.

—¡Qué m'hijita!, —decía— ¡Tan güena qu'es; tan güena!

La Mulita lo miraba dichosa desde su caparazón humilde y parda. El, mejor que todo lo del mundo, le decía m'hijita y la protegería de los bichos malos.

### *La mudada*

Seguían al sol los últimos colores rumbo a quién sabe qué mundos y qué cosas, cuando don Juan llegó a su casa con su comadre Cigüeña; le cargó las cacharpas en el lomo y, una vez que ésta, un poco trabajosamente, levantó el vuelo, salió, también, rumbo a su nueva morada.

Al llegar, la Mulita estaba arreglando todo. La Cigüeña, en cuanto lo vió, se despidió muy apurada, tanto que la mitad de las gracias las recibió ya a campo raso. En seguida, don Juan advirtió que el lazo mejor le faltaba. Salió hecho una furia, pero ya ni se podía saber si allá, muy allá arriba, lo que iba navegando por el cielo era una nube o no era.

—¡Puro vicio!, — masculló el Zorro.

Y en eso vió cruzar al Peludo que venía de su pulpería.

Avisó a la Mulita, que salió como chuza, sin decir ni "Hasta mañana", y él, ganoso de comer algo, marchó al trote en dirección contraria, con el fin de atravesar un chircal y llegar al otro lado, donde vería lo que haría.

En el llano topó al Zorrino, que andaba al galope, con la cola al viento y la cabeza muy gacha por el genio.

—¿No sabés qu'en la mudada mi comadre me robó el lazo'e trenza?

—¿Y no sabés qu'el mundo está perdido — saltó el Zorrino con voz ronca, sujetándose y poniéndose al lado para aprovechar la oportunidad y desahogarse un rato. —¿Pa qué te confiás en naides? ¡Zonzo, más que zonzo! ¡Ay, Juan, nunca sabrás lo qu'es la vida!... ¿Tenés tabaco? ¡Estoy pobre, hermano, que doy hast'asco!

—¡Cómo no, primo! Sirvasé! Ahí va la chala.

Mientras liaba el cigarro,

—¿P'and'ibas? — preguntó el Zorrino, al mismo tiempo que buscaba un motivo de rezongo.

—A buscar algo pa la cena.

—Vamos marchando, entonces. Dame juego... Pues, sí, mi primo, el mundo es una inmundicia. Yo no sé como vos, que sos inteligente, no lo has visto, ya. ¡Hasta cuándo, vida mía! Dejate de ser güeno, que podés ir lejos, si querés. Desengañaite, Juan; todo está mal y solito siendo malo es que uno no se da cuenta...

—¿Y de ahí qué colije, mi primo? — interrumpió el Zorro con rabia.

—Colijo que hay que desconfiar hasta de uno mesmo; que hay que cortarse solo y amolar al que se pñeda.

—Yo... si vamos a lo que vos decís... muy güeno, muy güeno no... he sido.

—Pero es que hay que ser malo, ¿no entendés? Con no ser güeno no basta; hay que ser malo. ¡Ah, si pudiera hacer bastante mal, canejo! — suspiró.

Y mostró sus dientes; unos dientes agudos ¡pero chiecos!

—Vos tenés la inteligencia, —continuó.— ¿Pa qué andás tontiendo? Hacé mal, hacé mal; ¡es lo único güeno d'esta vida!

—Entre vos y la Mulita...

—¿Ah, sí? ¡Conque te aconseja lo mesmo!

—¡Al revés; tirá p'al otro lao! Y yo, n'el medio de ustedes dos, habiendo sido tan alegre siempre, estoy aura como estaquiao, con una tristeza, que...

—Aventá lejos la tristeza, qu'es cosa e güenos y no hace más que amolar, y seguí mis consejos, que son consjcos de pariente... ¡y de amigo!

—Nos estamos acercando demasiado a la mar. ¿Vamos a rumbiar p'al sarandisal?

—Vamos... Pues sí, mi primo, la vida...

—Yo voy a carniar por aquí, no más, — interrumpió el Zorro por no escucharlo.

Se entreveró en una punta de ovejas, hubo un desparramo, y él quedó solo, con un corderito que se desangraba. Su madre, la única madre cobarde en todo el mundo, sintió a su hijo balar y siguió disparando.

La vaga sombra que ella empujara en el pasto, y bajo la cual, ¡hacía tan poco!, él había ensayado un incipiente y húmedo triscar, se le arrastró detrás, ahora, y fué a perderse con ella en lo más espeso de las chircas, acusándola en vano, exhortándola sin suerte a volver sobre sus pasos. Ya candidamente meciéndose en su luz desde un rincón del cielo, la primera estrella estuvo a punto de sorprender el cuadro y, lo peor, aquella fuga invercímil. Pero una vieja nube que tornaba del Sur bogó ligero e interpuso su tamaño.

El silencio se había hecho tan vasto y tan denso que pareció haberse levantado de pronto en el mundo un gran muro.

—¡Güen provecho y hasta mañana! — dijo el Zorrino que, quieras que no, había sentido hasta el fondo la suspensión del instante.

—Salú, — contestó, sombrío, don Juan, dejándose anegar por aquello.

Estuvo un rato así. Después, sin ganas, más bien como con rabia, hundió sus dientes en el mamón y empezó a comer.

Ya sobre la tierra estaba toda la noche.

### *La mala acción del Peludo*

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, don Juan fué a lo de la Mulita y la encontró muy agachadita sobre su costura. En seguida ella aprontó un buen amargo y, como don Juan dijera que él lo cebaría, dióselo una vez preparado y volvió a sentarse y a seguir cosiendo.

—¡Pero m'hija, si viera! ¡Casi no he pegao los ojos!

—¿Y por qué, don Juan? — nacía la voz dulcísima de ella, sin alzar la vista de su empeño.

—¡Dejemó! ¡Si me parecía mentira!... ¡Estaba tan bien! Lejos de casi todo el bandidaje que me odia sin causa; cerquita de aquí, al lao de

mi güena amiga... Daba güeltas y güeltas, pero no buscando el sueño, entendiámé, sino espantandoló, porque es cosa boba dormirse en las poquitas horas felices que uno tiene...

Don Juan, con la caldera al lado, llenaba el mate, sorbía lentamente y seguía conversando con un acento extraño; como si la Mulita estuviera tan en su alma que sus pensamientos no precisasen salir de sí para llegar a ella.

—¡Pobre m'hijita! ¡Mire que tanto trabajo! ¡Cómo le podré pagar lo qu'ella hace?

—¡Ave María, don Juan! ¡Eso no se dice!, — protestaba la Mulita, temblorosa y con la cabeza cada vez más agachada.

Don Juan se puso a observarla. Y al cabo de un momento:

—¡Usté ha llorao, m'hija! — exclamó.

—¡Yo no, señor! — dijo ella.

Y largó el trapo.

La Mulita se sacudía a los sollozos. Don Juan apoyó el mate en la pava y la empezó a acariciar.

—¡Pobre m'hijita! — decía casi seguro de lo que había pasado. — ¡Quién l'habrá hecho sufrir! Digaseló a su amigo, que pa eso está en el mundo, pa defenderla. No sea mala... Cuentelé.

—¡Fué tío que me pegó con un maniador porque estuvimos juntos en el baile!

—¿El Peludo?

—¡El mesmito! ¿No ve?

Y le enseñó las manitas lastimadas por los golpes.

—¡Ah, bandido! — rugió don Juan. — Güeno, no llore más. ¡Ya le haremos pagar cara su felonía!

—¡No se vaya a meter con él, qu'es malísimo! — imploró, horrorizada, la Mulita. — Y además él lo hace porque él me quiere y malicea que usté no es güeno y que se junta conmigo p'hacerlo rabiar a él y hacérme algún mal a mí. Yo l'he dicho que usté es güeno y es pior; se pone más furioso. ¡Le da una furia!... ¡No se vaya a meter con él! ¡Se lo pido'e rodillas!

—Le haré caso, quedese quietita. Y no llore más qu'el llanto me hace daño.

Era verdad. Don Juan no podía ver llorar sin que le viniera como una fiebre.

Pensativo, ceñudo, siguió mateando un rato más, mientras ella, estremeceida de suspiros, continuaba su costura, ahora con puntadas más chiquitas y —si cabe— más prolijas, como que ponía una atención intensa. Llegado a punto muerto en una maquinación despiadada, Don Juan resolvió despedirse. Y enderezó a lo de su primo, el Zorrino.

—¿Qué anda haciendo tan temprano? — gritó éste en cuanto lo vio venir.

—¿A consultarte, — contestó don Juan cuando hubo llegado.

Y le contó lo ocurrido y sus ansias de venganza.

—¡L'asunto es serio!, — dijo enfáticamente el Zorrino después de haberlo atendido con la cabeza tan ladeada que parecía estar escuchando la voz de la misma tierra. Se puso así de la ufanía de ser objeto de consulta, ¡y por don Juan, nada menos! — ¡L'asunto es serio, pero muy serio!, — repitió. — No se puede agarrar al Peludo en la pulpería porque flor de batuque se v'armar entonces...

—Y por eso mismo digo, — interrumpió el otro. — Y yo no quisiera golpiarlo mucho, por ella, la pobre. Darle un sosegate, pa que aprenda... pero con cuidao de que no se me vaya mucho la mano porque...

—Güeno, está bien, ... — seguía, completamente para sí, el Zorrino, golpeando el suelo con la bota, muy pensativo. — La cosa es brava, derecho. Esta cuestión tiene que...

Y como a pesar de no callarse sólo hablaba en términos inconducentes, don Juan, de pronto, se incorporó y dijo:

—Mirá, lo mejor es ir a la pulpería y allí, oservando la cosa, se verá lo que se hace.

Muy bien parecióle al primo tal determinación. Casualmente él, en ese momento —dijo— iba a proponer lo mismo.

Salieron, pues, y se encaminaron a la pulpería.

### *La pulpería del Peludo*

El sol empezaba a subir por el ciclo. Un calorcito lindo flotaba en el aire. El campo estaba liso y verde. De cuando en cuando lo hacían temblar de rojo y de blanco las margaritas, y de amarillo la flor del macachín. En cuanto pasaron un espinillal, el Zorro y el Zorrino enfrentaron la pulpería.

En ese momento, maletas al hombro, a pasos lentos pero larguísimos, como si caminara en zancos, se retiraba el Pato, que había ido a surtiarse.

Como a la media cuadra, no más, lo atajó el griterío del Peludo. Se dió vuelta muy inocente y el pulpero le rugió, echando espuma:

—¡Entregue lo que se lleva de arriba, pedazo'e perculario!

—¡Epa! ¡A mí no me ofenda, sabe que más?, — protestó el Pato, indignadísimo.

Y en un ademán se le cayeron dos cartuchos de tabaco que llevaba bajo las alas porque, con el apurón, no los pudo meter en las maletas.

—¡Ha sido distraído!, — se disculpó al verse descubierto. — ¡Como uno tiene tantos asuntos en la cabeza!

Sin decir ya palabra porque, a pesar de todo, no convenía perder el cliente, el Peludo recogió los paquetes y volvió a entrar. Pero era tarde. Aprovechando su ausencia y la del Chajá, el dependiente, salido al alboroto tras su patrón, el Hurón le había hecho hacer gorgoritos a una botella de caña con guaco, y el Nandú, como no tenía otra cosa a mano, se había empuñado un licorcito de rosas, de ése que en las fiestas constituye las delicias del hembraje de delicado paladar. Algo maliceó el pulpero y los miró desconfiado; pero le devolvió la tranquilidad el oír que el Hurón decía:

—El que roba a un pulpero no puede tener perdón.

El Carancho, que duro y todo había arrebatado un puñado de masas, agregó, entre hipos:

—¡Mucha razón tiene el que habla!

Y el Nandú, oliendo a flores, afirmó, rotundo:

—¡El Pato ha perdido la dinidá!

—Como tiene tanta gurisada... — se abrió dulcemente una voz.

Era la de un joven Aperiá que, en mangas de camisa, con chiripacito de luto y descalzo, estaba junto al mostrador, muy humilde y sin copa al frente.

Los ojos del pulpero se hicieron brasas, al oírlo. Pero apagó el fuego el Zorro haciendo echar, con aire reposado, una vuelta general.

—A pagar lo que gusten, paisanos.

El, el Zorrino, el viejo Carancho, el Nandú y el Hurón pidieron caña. Quien con guaco, quien con pitanga, quien lo pura que era dado esperar en aquella pulpería. Después de mil instancias, el Aperiá aceptó un anisito.

Y mientras el Zorrino y el Carancho se separaban un poco para conversar, como siempre, de un irrealizable negocio que hacía tiempo tenían entre manos, los demás escuchaban a don Juan, el cual aseguraba que ya tenía medio vendido y medio pago un ganado, que...



Al escuchar que se hablaba de plata, el Peludo terció también. Y charlando, charlando, desembocó, cuando menos lo esperaba, en la confesión de que hacía tiempo que andaba con ganas de aprender a enlazar. No dijo para qué cosa; pero la secreta idea que él, ya de mucho, tenía, era la de salir de noche a robar hacienda.

—Conmigo puede contar pa lo que guste, —se ofreció, en el aire, don Juan. — Lo poco que yo sé puedo enseñárselo cuando quiera. Después usted, que es de güena cabeza, hará lo demás.

—¡Agradezco en lo que vale!, — respondió el Peludo ya viéndose dueño de una “suerte” de campo, con buenas poblaciones, y todo. — Y voy a ser curioso, y disculpe, ¿pa cuando podríamos emprencipiar?

—Pa esta tardecita mesmo, si quiere, — contestó don Juan, comiéndoselo con los ojos. — A la salida'e la pulpería, si le parece.

—¡Pero v'a estar muy oscuro, compañero!

—No le hace. Así hay más dificultades. Así es como se aprende. A ver, ¿cuánto se debe? Nosotros nos retiramos y luego caeremos a...

—¡Eso sí que no, amigazo!, — interrumpió el Peludo. — ¡Usted se me queda en ésta que es su casa!

Y dando la vuelta al mostrador para estar más cerca del Zorro, ordenó al Chajá, su dependiente:

—A ver, andate adentro y traete de mi damajuana y servinos en vasos grandes.

Pensó que, por el parentesco con don Juan, debía también cumplimentar al Zorrino y, aunque haciéndosele un poco cuesta arriba, —ambos nunca se pasaron— le habló con cariñoso acento al que se hallaba muy tieso en un taburete.

—¡Y qué tal, amigo Zorrino? ¿Qué es de esa preciosa vida?, ¿qué anda haciendo?

El Zorrino respondió, como un tiro.

—¡Aquí andamo, caminando! — y volvió a atender trabajosamente al cada vez más trabajoso discurrir de su amigo, el viejo Carancho, a punto los dos, ya, de perder todos los hilos del tema y quedar callados en su hosquedad y como en dos islas.

El Peludo, ahora al lado de don Juan, no cabía en sí de gozo. Don Juan era mentado en muchas leguas a la redonda por su destreza en el lazo.

—Si yo, después, es claro, le propusiera el negocio, — pensaba el tío de la Mulita. — Si lo pudiera traer conmigo... con lo inteligente que's y con lo que conoce el lazo... Pucha, ¡sería cosa'e volverse uno rico a la vuelta'e pocos años! Si acaso se le unta la mano a l'autoridá, pa que no haiga... ¡Tome! ¡Metalé, no más, don Juan! ¡Valiente! ¡Por favor, don Juan, no me haga cumplidos! ¡No me le mezquine a ese vaso, no me le mezquine!

Ya tenía el Zorro medio embarullada la cabeza — cada trago de ellos ¡claro! valía por dos o tres de los de los otros, porque la caña era de la de abajo de la cama — cuando consiguió despedirse.

— A ver, mozo, — dijo encarándose con el Chajá, que hasta de lejos repugnaba por su aire de falsedad, — a ver, ¡cuánto se debe de la primera güelta!

—¡Por favor, don Juan!, — saltó el patrón, — ¡si aquí no se debe nada!

De gusto el Zorro hizo fuerza por pagar, pero el otro habló hasta de que se ofendía.

Salieron los parientes, el Zorrino como un empaque a lo toro y los ojos como botones. No habían andado diez varas cuando el Peludo, adrede para que lo oyeran aunque hubieran salido al galope, dijo con la vista fija en las espaldas de los que se iban, y con voz poderosa:

—¡Pucha, mozo güeno, don Juan, sin despreciar al primo y a los presentes! ¡Eso vale lo que pesa!

Y dirigiéndose al Ñandú, al Carancho, al Aperiá y al Hurón, y dejándolos fríos, agregó, bastante por lo bajo:

—Miren, muchachos, que lo que no le dejé pagar a don Juan fué lo que tomó él y su primo. L'otro, ustedes ven que tiene que correr por cuenta de ustedes.

—¡Pero si yo no tomo más que cuando invitan! — exclamó, muerto de disgusto, el Aperiá que, como siempre, se hallaba sin un cobre.

—A mí no me cuente nada. Aquí se paga y no hay nada que hacerle.

—Pero, ¡y con qué?, — volvió a decir el Aperiá que no sabía donde meterse y tragando una saliva en la que volvía a sentir gusto a anís.

—¡Con qué! ¡Con qué, has dicho, pedazo e...!

Sonó como un trueno que era producido por una patada del Ñandú haciendo temblar las cosas de arriba del mostrador.

—¡Güeno, güeno! — vociferó. ¡Qué tanto escándalo por unos cobres des-

gracias! El señor tiene razón, ¿sabe? Y usted, pulpero, ¿es de lo último! ¡Aquí hay plata! ¡Cuánto le debe el señor, y le debe el Carancho y le debe el Hurón y le debo yo, también! ¡A ver! Y menos griterío, que aquí ninguno es sordo. ¿comprende?

—¡A ver, a ver! ¡A ver, a ver!, — musitaba sin fuerzas, como rezando, el Carancho viejo. — ¡A ver, a ver!

—¡Pero amigo!... — se disculpó el Peludo. — Si yo dije solito que...

—¡A ver, a ver! ¡Cuánto es el consumo! — insistía el Ñandú, enfurecido.

—¡Dos reales y medio, don; dos reales y medio! ¡Poca plata!

—¡A ver, a ver!... ¡A ver, a ver!... — seguía el Carancho sin darse cuenta de que todo se estaba arreglando.

Pagó el Ñandú, guardó el vuelto y salió a tranco lento, con el Aperiá a la zaga, casi corriendo para no distanciarse.

—¡Si yo nunca tomo, don...! Yo no soy afeto a bebida de ninguna clase. Además, no me gusta acetar envites sabiendo que yo nunca puedo hacer echar una güelta por mi cuenta. Usted ve... es feo. Yo voy a la pulpería solito por pasar el rato...

Al llegar a la cruz de los caminos se separaron, despidiéndose, con dulce ceremonia el Aperiá, y el Ñandú con gravedad austera.

### *La Venganza*

Ya había entrado el sol. La luna, blanca y buena, apareció de atrás de una cuchilla. Y todo lo que antes estaba negro arrojó su sombra sobre el pasto y se dejó vestir en luz plateada. Bajo aquel manto amoroso el mundo había quedado dormido, como un niño. Las estrellas, desparramadas hasta lejísimos, escudriñaban por ver en qué parte no había luz. Ya hacían señas. Entonces, la luna subía un poco más y hasta allí llegaba, también, algo de su blanco candor...

Se acercaban dos a la callada pulpería. Eran el Zorrino y don Juan.

—¡Ya creía que no me venían! — exclamó uno desde la puerta, adelantándose.

—¿Cómo vamos a faltar a la palabra?... Traigo este lazo que no es el que a mí me gusta. Pero no tenía otro. La Cigüeña me robó el especial.

—Bueno, señores; con permiso, — se excusó el Peludo, haciendo una profunda reverencia. Retrocedió, cerró su establecimiento, le puso por dentro

las trancas de fierro y, apareciéndose por retaguardia, volvió a inclinarse profundamente, diciendo:

—Señores, estamos a la disposición.

Buscaron el campo. El Zorro iba advirtiéndole:

—Usté, en cuanto elija lo que le guste, rebolea el lazo y se lo tira a la cabeza. En seguida usté se afirma y va ver cómo las cosas salen como seda.

El Peludo, sin dejar de prestar oído fino, iba radiante como si lo hubieran sacado a pasear de la mano.

—Primero voy a mostrarle cómo se hace... A ver, mi primo, si se rejunta algún algo y lo endreza a nosotros.

Desapareció el Zorrino y, al ratito, se oyó un alboroto que se les venía arriba. Sin que el Peludo se diera cuenta, don Juan rodeó varias veces un tronco con el extremo del lazo y esperó. Una novillada pasó quemando los pastos. Don Juan revoleó el lazo y lo arrojó a un yaguané que se dió vuelta en el aire y cayó, casi descogotado, patas arriba. El Zorro había hecho como que tiraba; pero el lazo estaba firme en el tronco del ñandubay, que en su vida se sacudió tanto.

—¡Qué bonito!, — dijo el Peludo. — ¡Eso sí es habilidá!

Prendido del lazo siguió don Juan hasta que, a fuerza de maña, el Zorrino consiguió libertárselo del cornudo, peligroso en sus amagones, y al que el de la empresa había acercado las manos tan precavido y receloso como quien debe probar con los dedos un fierro caliente.

—Ahora le toca a usté, compañero, — señaló don Juan. — Ya vió cómo se hace. Pero, por las dudas, como todavía usté no es baquiano, atesé la punta'el lazo a la cintura y saquesé esas botas pa'afirmarse mejor en el suelo. Va ver que no hay animal que se l'escape.

Entre él y el Zorrino le ayudaron a sacarse las botas y unos escarpines de esmerados remiendos... ¡Ah, Mulita laboriosa! ¡Ah, Peludo mal agradecido!... Luego, lo empezaron a atar bien.

—Aunque te duela un poquito, no es nada, — advirtió el Zorrino.

Al Peludo le desagradó la prevención y, mucho más, el tuteo; pero no dijo palabra.

Y salieron los tres al tranco para buscar buena colocación.

—Lo primero que hay que aprender es l'asujetada. Ahí está casi todita

la ceneia. Con la fuerza que usted tiene, pronto será el mejor enlazador y pialador del pago.

—¿A usted le parece?, — exclamaba contentísimo el Peludo que, en lo de la fuerza, se tenía fe.

—No es que me parezca; estoy seguro.

El Zorrino agregó, entre dientes:

—Me palpita que hoy aprendés todo.

El Peludo se hizo el chiquito.

—;No sea bárbaro, compañero! Hoy aprenderé, si acaso, si acaso l'asujetada.

Y se tocó la cintura, no fuera que el lazo estuviera flojo. Pero, por ese lado, podía estar tranquilo. El Zorrino y don Juan habían dado infinidad de vueltas.

—Vamos a hacer alto por aquí, — aconsejó el Zorro al llegar a unos espinillos. Y a ver, compadre, si se rejunta algo especial.

Al galope se alejó el Zorrino. Y los otros quedaron conversando.

—Cuando esté oscuro — explicaba don Juan — usted atropella, no más, y, lo que disparan, tira el lazo a los que van en la punta. Esos son siempre los mejores, los que tienen más fuerzas y, por eso, nunca se quedan atrás...

—;Qué bien! — exclamaba, embobado, el Peludo. — Pero, don Juan, ¡mire usted que hay cosas! ¿eh? ¡Pero mire que hay cosas! ¡Es claro! Los más fuertes van adelante. Los más flaqueros en fija que van en el medio. Y, atrás... refugo, no más, refugo!

—Yo, despacito, le voy a ir enseñando cosas que usted ni las ha soñado...

—Lo que quiero ahora es l'asujetada.

—De esta hecha la aprende, ¿no siente?

Era exacto: como chuza se venía una tropilla arreada al griterío por el primo de don Juan.

—Ya sabe, afirmesé fuerte, — recomendó, apurado, el Zorro, perfilándose. — Yo tiro el lazo y usted asujeta.

—;Macanudo! — exclamó el otro. — ;Metalé, cuando guste, no más!

Los potros pasaban con los ojos como brasas, casi rasándolos. De pronto, don Juan vio venir medio aparte un overo que apenas si tocaba el suelo. Reboleó el lazo, entonces, y gritó al Peludo:

—¡Ahora... y nos fuimos! — ¡Afirmesé bien!

Así lo hizo el Peludo. Clavó las uñas en la tierra, se arrolló todo... Pero cuando terminó el lazo de estirarse el overo siguió de largo y el Peludo saltó por el aire con los dedos mochos.

—¡Ay, Jesús! ¡Asujetém!, — gritó al pasar ante el Zorro, helado de miedo. Y cayó como a diez varas, volvió a saltar y a caerse, se quiso prender a un cardo y marchó con él, mientras el potro, sintiendo atrás los golpes, aumentaba la velocidad, enloquecido de susto.

Suerte que, en una vuelta cerrada, el lazo dió por el medio en un ñandubay. La punta donde tan mal iba el Peludo, con el peso, rodeó varias veces el tronco, de manera que, cuando el potro tironeó, el árbol hizo, por fin, "Tasujetada". Pero el lazo se partió, el potro siguió corriendo, y bajo el ñandubay quedó el Peludo echando sangre por la boca y las narices, desmayado, como muerto.

Lejos, a las muchas cuadras, el Zorrino no podía hablar, de risa.

—Te aseguro que no tengo ganas de bromas, — dijo, sombrío, don Juan. ¡Qué barbaridad! ¡No se habrá roto la crisma? ¡Vamos! ¡Vamos!

—¡P'ande?

—A ver si damos con él. ¡Qué sé yo! A ver si... lo podemos atajar.

—¡Pialandoló, compañero?

—¡Dejate de bromas! ¡No amolés! ¡Pobre Mulita!

Salieron campeando. Y vieron con extrañeza que la tropilla había rumbeado para su querencia. Recobrado el equilibrio entre lo de abajo y lo de lo alto, la luna, ahora en el centro mismo de un cielo sin empañó, dominaba la vasta extensión y le infundía a todo su blanca dulzura ensimismada.

—¿Se habrá cortado el lazo?

—Así parece, — contestó el Zorrino, parándose en seco. — Y si no me equivoco, ahí está la novedad.

En efecto: a poca distancia de ellos, a la sombra de un ñandubay, había un grupo. Eran la Lechuza, que tenía su vivienda allí cerquita; un Chimango viejo de patas medio envaradas; el tío de la Lechuza, el Lechuzón; una Nutria que no acercaba más que los ojos al herido, para no ensuciarse, y un Carpincho enorme, recién salido del agua, al alboroto.

—Vamos a bombararlos de aquí, — dijo el Zorrino, — porque estos nunca me han gustado mucho y a lo mejor después nos tienen en güeltas.

Y espiondo vieron que entre la Nutria y el Lechuzón subían al Peludo

sobre el Carpincho, saliendo luego, escoltándolo, ellos y, a la vanguardia, la Lechuza para indicar el camino al conductor que, como es tan retraído, ni sabía la casa del que llevaba a cuestras.

Al pasar frente al escondite de los primos, éstos oyeron que la Nutria decía al Chimango.

—Entonces a usted le parece...

—¡Estoy seguro! — respondió el otro — Tiene que ser ese don Juan. Supe esta tarde en la pulpería que habían quedao de enseñarle a enlazar. ¿Y no ve el lazo? Aquí está la prueba.

¡Cómo habrían atado el lazo los parientes que los serviciales no habían conseguido aflojarlo!

De repente el herido se quejaba, daba un suspiro quejumbroso y volvía a respirar cortito y seguido. El cuchicheo, detenido cuando eso, tornaba otra vez.

—¡Pobre Peludo! ¡Me parece que de esta hecha!...

—Sí ¡pobre...! Y siempre fué medio tirano ¿eh?... Cualquiera cosa en la pulpería costaba un ojo'e la cara.

—Mal alma era, derecho. Yo...

—Enderece por aquí, don Carpincho. En cuantito vandiemos aquellas chircas, ya llegamos.

Un ¡Ay, Jesús! del herido imponía silencio y hacía aminorar el paso al Carpincho y al cortejo. Luego, reanimada la marcha, volvía a oírse.

—Y si uno le quedaba debiendo algún restito, ¡Dios lo libre! Tenía todos los días arriba al dependiente. Y ese Chajá, amigo, era capaz de cargar hasta con los tizonos si veía que no se podía cobrar de otra...

—¡Por aquí, don Carpincho!... ¡Tenga pacencia! ¡Es una cosa que casi se puede decir que ya llegamos!

Y por fin llegaron. La Nutria golpeó las manos y se metió apresurada para dar primera que nadie la noticia a la Mulita. Viendo a su tío lleno de sangre, a la pobre le dió el mal.

—¡M'hija! ¡M'hija! ¡Qué te pasa! — repetía como una gotera la Lechuza, atendiéndola. — ¡Qué te pasa! ¡M'hija! ¡Qué te pasa!

Y hacía señas para una cama grande, que antes debió haber tenido dosel porque ostentaba, muy arrogantes, los sostenes.

Entre los machos cortaron a cuchillo el lazo, acostaron al Peludo, lo cu-

bricron bien y volvieron alrededor de la sobrina, ahora sentada en su sillita de cuero. Mientras la reanimaban dándole aire con los sombreros, la Nutria, curiosamente, un poco retirada, miraba el cuadro procurando guardar todos los detalles en su memoria infiel, por desgracia.

Cuando se sintieron sin objeto, empezaron a mirarse y a mirar para el suelo y para el techo. Entonces, la Lechuza dijo que con ella no se precisaba más, y que se quedaría hasta el día. Y los demás se fueron y entraron a la noche ahora sólo con estrellas. Era que, una vez que todo estuvo atemperado en este país, la luna se había dejado resbalar silente por sobre inmensos mares de olas, hacia otras cosas y otros seres aun abandonados. Se fueron, entonces, indiferente, el Lechuzón; apurado por tirarse al agua, el Carpincho; el Chimango embarullado con todo aquello; y, bastante incomodada la Nutria porque se ofreció para quedarse y la Lechuza le dijo que se retirara no más, en tal forma, que fué como un empujón.

—¡Arrastrada'e los diablos! Así está, de mal mirada, por lo antipática, — monologaba la ofendida.

Y alcanzó al Carpincho, que siguió apurado, casi sin oírla.

—¿No la vió que parecía la dueña de casa, don Carpincho? ¡Parece mentira, tan audaz! ¡Y quién la ve pa tantos tonos! Eso que dicen de que vive con el tío, con el Lechuzón, es una fija. mire. La víbora me contó que es una cosa'e verlos todos los santos días...

—¡Bah!, — exclamó el Carpincho, llegando ya al arroyo.

Y se zambulló en el agua.

### *Muerte y Velorio del Peludo*

Cuando la Mulita se acercó a la cama, el viejo Peludo estaba boqueando. Salió a los gritos en busca de la curandera que, en cuanto miró al enfermo, ya se puso a menear la cabeza.

—M'hijita, — dijo la Lechuza — tené paciencia. Esto no tiene güelta. Caso perdido. Por lo que colijo, los golpazos del potro se han complicaao con mal de ojo...

Tocó la frente al Peludo y volvió a decir bajo la aterrada mirada de la Mulita:

—Sí, es complicación... y de la brava. Hasta ha perdido l'habla. Se muere.



En un rincón, la Mulita se puso a llorar a lágrima viva. La Lechuza le hizo beber un poco de agua de ruda y, cuando vió que el Peludo había estirado la pata, salió. Al poco rato cayeron con ella el Lechuzón y dos Aperiases, sombreros en mano.

—¡Está igualito!, — exclamó por decir algo el Lechuzón, mirando al difunto.

—¡A la verdá! — agregaron los Aperiases, que eran hermanos.

—¿Vamos a pitar d'este tabaco que hay es este cartucho? — propuso el Lechuzón con tristísimo acento.

Y dirigiéndose a la pobre Mulita que seguía llorando, — ¿Usté no pita. noverdá?, — preguntó.

—No, señor.

—¿No ven? De todas maneras... pa que se pierda. El papel debe andar por aquí.

—Deje, yo tengo, — intervino uno de los hermanos, el menor, buscando en un bolsillo del raído cinto que sujetaba su chiripá de merino.

—No le hace. Si lo encontramos, mejor. De todas maneras... ¿No te dije? Aquí está. Y hasta chala.

—Haceme uno fino pa mí, — solicitó la Lechuza.

Empezaron a fumar todos. Y mientras la Mulita, más sola que nunca entre tales acompañantes, seguía llorando, ellos revolvían la casa.

—¡Mirá qué daga! ¡Igualita a la que se me quebró, ¿te acordás, eh? — se dirigió el Lechuzón a su sobrina, pensando infructuosamente en toditas las dagas que había tenido, por ver si topaba en su memoria con alguna parecida.

—¡Talmente!, — asintió la Lechuza sin levantar los ojos del cigarro, empeñada en liarlo mejor, puesto que se había despegado.

—¡Pucha, mire que yo tenía locura con aquella daga! ¡Si me la regalara... Está... ¿no me la regala? De todas maneras... ¿eh?

—Sí, lleveseló, lleveseló.

—¿Y este cinto también?

—¡Siii! Siii!

Los dos hermanos no eran tan cumplidos. Estaban parando rodeo de prendas arriba de un poncho.

La Lechuza había aprontado el mate. Cerrando un ojo por el humo del pucho, lo cebaba.

—¡Yerbita flor! Como el finao era pulpero la traía antes de misturarla.

—¡Riquísima! — aseguró el Lechuzón, que todavía no la había probado. — Esa barriquita la podemos llevar, ¿eh? ¿Qué le parece, m'hijita? ¿Usted es matera?

—No, señor, — respondió la Mulita que, aunque le gustaba con pasión el mate, lo que quería era que se fueran pronto, todos.

—¡Claro! La gente delicada no toma. Nosotros los antiguas sí porque... semos una manga'e brutos. El mate y la bombilla, entonces, también la podemos llevar. De todas maneras, pa que se pierdan... Y ahí arriba'e l'alaceña, entre los tarritos, me parece que... Y yo qué quieren, — siguió, dirigiéndose a los atareados hermanos, a quienes no sacaba la vista de encima, — yo siempre he creído que no se deben tener cosas de los difuntos porque uno se acuerda y, claro, es una fija que... ¡Eso es pa mí! — interrumpió colérico, pero en voz muy baja, al ver que uno de los hermanos iba a guardarse una amarilla que halló muy cándidamente oculta debajo de un chiffo de guampa.

En seguida, con voz más baja, todavía, corrigió:

—Lleven lo que quieran menos plata porque eso es para ella, la pobre. Ustedes ven, muchachos, que eso tiene que ser así.

El Peludo, con los ojos apretados por la muerte, parecía que lo estaba haciendo adrede para no ver aquellas cosas.

—Güeno, che, — dijo a su tío, en una, la Lechuza, — dejensén de eso ahora y saquen el cuerpo que ya está despidiendo mucho.

—¡Vamos! — propuso el Lechuzón.

—Meta, — respondieron los otros.

—Una, dos y... ¡tres! ¡Arriba!

Salieron con él entre la tarde que también se iba, y lo bajaron a la orilla de una barranca.

—¡Pesadazo! — musitó para sí, secándose el sudor, uno de los Aperiases.

—Y... con la muerte, — comentó su hermano.

El Lechuzón volvió a hacer otro cigarro. Echó unas humadas, reculó para tomar impulso y, corriendo, dió un empujón al difunto, que cayó en el medio de la corriente.

Se quedaron mirando el agua.

El Peludo se hundió, primeramente, asomó un poquito su lomo, se volvió a hundir más lejos y, así, subiendo y bajando y dando vueltas, se fue perdiendo de vista.

—¡Lo que es el mundo!, — musitó el menor de los hermanos mirando el agua que seguía corriendo.

—Vamonós a ver si llevamos los regalos. De todas maneras... ¿Quieren pitar, muchachos?

Uno aceptó: el mayor. El otro se había quedado meditabundo. Y, de pronto, dijo, receloso, como quien entreabre una puerta misteriosa:

—De nosotros tres... ¿quién se morirá primero?

—¡Eso no se pregunta ni se piensa, bruto!, — atajó el Lechuzón, escabulléndose.

Al ratito, el Aperiá volvió a decir:

—¡Vaya uno a saber a quién le tocará el turno!

—¡Callate esa boca o te reviento!

El Lechuzón rugió así, haciendo gestos horribles. Es que pensaba en algo parecido. Y a la muerte, a su muerte, claro, no a la de los demás, él le tenía un miedo bárbaro.

Cuando entraron, la Mulita lloró más fuerte.

—Hay que resinarse. La vida es así, — habló el Lechuzón mirando hacia los rincones ya dismantelados.

—¡Pobre mi tío! ¡Tan güeno, tan trabajador!

El Lechuzón, con una boleadora en la mano, que había visto entre los tarritos de una alacena, la conformó primero y, luego, agregó, aunque no venía muy bien:

—Si me da estas boleadoras... Usto no las precisa. Y como yo apreciaba tanto al finao... ¡Qué finao! ¡Mire que tenía cosas!... Pa recuerdo, sabe... Siempre es lindo tener... Sobre todo cuando hay... aprecio...

La Lechuza estaba al lado del fuego, muy encendida y muy extraña. Varias veces, al pasar junto a su tío en el acarreo del mate, se le había refregado toda contra su cuerpo. Y él también aprovechó la ocasión para apretarla con disimulo. Hasta que, de pronto, dijo:

—Che, vení un momento p'afuera que tengo que hablarte.

Salieron sobrina y tío hacia unos cardales próximos.

El mayor de los hermanos estaba haciendo un bulto, al que le dejó una

boca para meter algo más, si era posible. El otro, sentado junto al fuego, fumaba en silencio. Por primera vez en su vida estaba caladamente triste. Nunca había pensado en nada y, ahora, para estrenar la mente, se le habían metido en ella las ideas más sobrecogedoras; las ideas de la Vida y de la Muerte. Parecía que le entraba hasta el fondo como una lucecita; temblorosa pero acariciadora, eso sí. Era una cosa callada que se le venía y se le retiraba y, de pronto, se le quedaba quietita, delante. El que ha encontrado luces malas en el campo — y no les tiene miedo — podría muy bien suponer cómo era aquello. Sí, uno va en la noche cerrada, trotando, trotando; y, cuando quiere acordar, allí mismo, por entre las orejas del caballo... La luz medio verdosa y azulada tiembla, parece que lo mira a uno, parece que le quisiera decir algo y que no puede, o que se lo está diciendo, así no más, solito con mostrarse. Nace entonces, cuando no se tiene miedo, cuando uno no se asusta de nada, nace una tristeza que lo envuelve todo; que envuelve a uno, primero, y que después se extiende y agarrar todo el vuelo del horizonte invisible... En ocasiones hasta se sonríe uno, de triste. La sonrisa tiende sus alitas y se lanza del filo de los labios y pasa por encima de la llama fría y se pierde en la noche... lejos. Y uno trotando, trotando. El Aperiá pensaba, pensaba; y, en una, agarró el mate que había abandonado la Lechuza por irse con su tío, lo ensilló y, aunque sólo de vista conocía a la Mulita, fué en puntas de pie a donde ella lloraba, con cuidado de no derramar.

—¿Gusta servirse de un mate? — le preguntó, solícito.

—Güeno.

Ella se enjugó los ojos con el dorso de las manos.

—¡Está bien calentito!

—Sí, señor.

—¡Ah, güeno!

El Aperiá sentía adentro recorrerle una reconfortante dicha jamás experimentada. Y le sorprendió muy lindamente su voz suave y dulce; voz que él podía tener y que, sin embargo, recién usaba.

Al rato, volvieron los parientes. La Lechuza venía como azonzada. Dió unas vueltas sin ton ni son y dijo, después:

—Güeno, vamonós qu'ésta ha de querer descansar. Mañana daré una güelta. Que pasés buena noche. Hasta mañana.

—Que pase güena noche. Hasta mañana.

—Que pase güena noche. Hasta mañana.

Y salió la Lechuza seguida de su tío hecho un carro de mudanza, del mayor de los Apcriases con un atado al hombro y del menor, que se quedó atrás un momento para decir, por lo bajo, a la Mulita, que alzó por primera vez los ojos, escuchándolo:

--Si precisa algo ¡ya sabe!

La infortunada se quedó solita, acompañada por las primeras sombras llegadas empujándose desde quién sabe qué abismos donde la noche despier-ta. La cama revuelta, vacía y ancha; las brasas del fogón, en lucha con las cenizas, aun brillando; la soledad, todo llenábala de angustia. Además, la tormenta se echaba sobre la tierra. Y empezó a caer el agua y, para peor, a retumbar el trueno.

Arrinconada, hecha un ovillo, conteniendo el llanto porque la sobresal-taban sus propios sollozos, pensaba la Mulita. Y algo entre el torbellino de sus ideas llegaba a sostenerla. La imagen de unos ojos, el recuerdo de la mirada, a la vez melancólica y firme, de don Juan, el Zorro.

. FRANCISCO ESPINOLA (*Hijo*)